



J. Á. López Herrerías (2013): *Etimologías pedagógicas*, Madrid, CCS, 203 páginas.

Etimologías pedagógicas es un libro destinado a los estudiantes y profesionales de la educación, en su sentido extenso, pero también a cualquier persona culta que quiera ampliar sus conocimientos. Un libro para conocer el origen, a menudo desconocido, de palabras de alcance educativo.

Recordemos que 'etimología', del griego, es 'palabra verdadera, real'. En este libro cumple la función de mostrarnos el origen de las palabras, nos revela clara y sencillamente su significación. Nos brinda un conocimiento valioso sobre algo que a menudo está soterrado. En el campo arquitectónico, sería tanto como interesarse

por los cimientos de un edificio. Y en el terreno de la Botánica, equivaldría a acercar nuestra lente a las raíces de las plantas. Cimientos y raíces, fundamentos y anclajes culturales y naturales que aseguran el sostén y el crecimiento. Siempre, pero más todavía en situación de crisis, hay que inquirir nuestros orígenes, examinar, conocer y fortalecer nuestras raíces, no para quedar atrapados por ellas, sino para dilatar nuestro ser personal y social, construcción individual y colectiva que, de otro modo, se ve amenazada por la adversidad. Se derrumba el edificio endeble ante la menor sacudida y se echa a perder el árbol mal plantado por el azote del viento. Por eso se deben conocer y robustecer los orígenes. La educación, encarnada en tantos maestros socráticos, naturales o profesionales, de cualquier linaje, es siembra, cultivo, crecimiento, y este libro, que explora el terreno pedagógico, ahora que pelagra nuestra escuela, nos ofrece claves para afirmar la labor formativa, obra humana y humanizadora por antonomasia.

Buena parte de nuestra lengua, gran tesoro, permanece oculta, escondida y López Herrerías, acreditado pesquisidor, nos conduce delicada, estimulante y lúcidamente por ese territorio poco explorado. El libro, claro está, no se distingue por la mera curiosidad filológica o por la simple actitud erudita sino por el compromiso educativo. En la contraportada del libro puede leerse: "Acercarse a la etimología de las palabras es un buen afán educativo, es horadar el entramado del pensamiento a la búsqueda de las raíces. (...) Conectar hoy en la etimología significativa de las palabras, es un milagro, cuando lo he intentado en mis clases advertía una ambivalencia. De un lado, los alumnos carecían de ciertos anclajes cognitivos. Dificultad. De otro lado, se les notaba en la mirada cierta inquietud iluminada, como de quien ve algunas estrellas. Ánimo y alegría. Esto me llevó a hacer este documento. Espero que a todos nos sirva para lograr uno de los mejores efectos educativos: aprender a pensar desde la raíz de lo significado y potenciar el cuidado por la joya de nuestro espíritu, las palabras".

Este libro, en verdad, proporciona empuje y aliento. Prepara el terreno, casi yermo, con raíces que andando el tiempo generarán plantas hermosas. Cabe recordar que ya en la Grecia antigua había interés por la etimología, principalmente por los filósofos estoicos y sus estudios sobre las onomatopeyas. Posteriormente, la indagación se extendió a Roma con Cicerón, el reputado orador; con Quintiliano, el egregio pedagogo nacido en Calagurris, actual Calahorra, y especialmente con Varrón, que fue director de las primeras bibliotecas públicas romanas. También se usaron etimologías como recursos expresivos por los poetas, por ejemplo por Virgilio, autor de la *Eneida*, y por Ovidio, conocido por su *Arte de amar* y *Las metamorfosis*. Al llegar al Medievo nos topamos nada menos que con las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla, que vivió entre los siglos VI y VII, por cierto patrono de la Facultad de Educación Complutense. Por lo común, la iconografía le representa, como en el célebre cuadro de Murillo, con un libro abierto en actitud de concentrada lectura, lamentablemente lo que más empieza a echarse de menos en nuestras Universidades. Las *Etimologías* del sapientísimo Arzobispo hispalense constituyen una magna compilación de cultura clásica, obligada referencia cognoscitiva desde el siglo VII hasta el siglo XVI. En ese humanismo diversificado por Europa, ligado al Renacimiento, encontramos los antecedentes cercanos de los estudios filológicos y etimológicos del siglo XIX que llegan hasta nosotros. En España en esa centuria nos encontramos, al menos, con la obra póstuma publicada en 1837: *Diccionario de etimologías de la lengua castellana*, de Ramón Cabrera, Director que fue de la Real Academia Española, y con el *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, de Pedro Felipe Monlau, de 1856, catedrático en la Universidad de Barcelona y en la de Madrid, aunque quizá fue más conocido el lexicón del onubense Roque Barcia, político republicano, filósofo, lexicógrafo, etimólogo/etimologista, autor del denominado *Primer Diccionario General Etimológico de la Lengua Española*, en varios tomos y publicado en 1880, con el curioso rubro: “Quien dá lo que se piensa. Dá lo que se habla.” (Sic).

Y cito ahora unas palabras de mi padre (Martínez-Otero 1959, 215), escritas hace más de cincuenta años, muy a propósito del libro que comentamos: “El progreso de las ciencias y las artes, la filosofía, la técnica profesional, las cuestiones políticas y sociales, modernamente exigen la ampliación de su nomenclatura, hasta tal punto, que cada disciplina busca su léxico generalmente fundado en palabras de factura clásica.”

Ciertamente, lo que nos topamos en las páginas firmadas por López Herrerías son voces con alto valor pedagógico, palabras de alcance educativo, impulsoras de progreso. Cerca de sesenta términos ordenados alfabéticamente, probablemente para evitar prelación, que aguijonean la reflexión sobre aspectos básicos de la educación. Se presentan conceptos fundamentales que permiten conocer el rumbo y la situación de la pedagogía, al igual que cuestiones esenciales, universales y perennes de la educación. La selección de las palabras, aunque en gran medida se comparta, es personal. En toda obra intelectual, más aún si tiene marcado carácter ensayístico, el autor proyecta, vierte sobre

el papel, de un modo u otro, sus conocimientos, valores, inquietudes, anhelos y experiencias. Aunque en este tipo de trabajos la hermenéutica asume gran relevancia, debemos enfatizar que el camino interpretativo no está reñido en absoluto con el rigor exigido a la ciencia. Es más, el método de penetración y esclarecimiento seguido aquí, con todo su condicionamiento subjetivo, es el que nos conduce a un horizonte de dilatación. Siquiera sea de modo implícito hay en algunos trabajos de López Herrerías, como en éste, una necesidad de alejar el corsé academicista, a menudo gris y prosaico, para alcanzar con las alas de la poesía, del arte, una más elevada comprensión.

Estamos ante una *nomenclatura pedagógica* viva y abierta. *Viva*, porque el lenguaje, también el pedagógico, es realidad que nace, se mueve, se enriquece o, si no se cuida lo suficiente, se degrada. *Abierta*, porque es evidente que no están aquí, sería imposible, todas las voces que conforman el campo pedagógico, aunque, como suele decirse, sí pertenecen a dicho territorio todas las que están. López Herrerías invita y anima a los alumnos y a los educadores, y, por ende, a todos los lectores a ensanchar este universo.

Con el material léxico aquí recopilado y estudiado su autor, cual historiador, nos ofrece viajar a través del tiempo, acompañarle a épocas lejanas a menudo olvidadas. A semejanza del arqueólogo nos proporciona conocimientos sobre la antigüedad, especialmente a través de los vestigios lingüísticos. Gracias a su labor investigadora visibiliza la parte más oculta de nuestro lenguaje profesional y nos estimula a seguir la misma senda exploratoria.

Nuestro patrimonio idiomático procede principalmente del latín y se enriquece con otros valiosos legados como el proveniente del griego o del árabe. El desvelamiento de estas herencias, a menudo soterradas, fortalece nuestra *identidad unidiversa* y engrandece nuestro lenguaje o, como diría el profesor López Herrerías por inspiración heideggeriana, la morada de nuestro ser.

¿Qué términos se incluyen en el libro? Ya hemos dicho que son cerca de sesenta. Resulta imposible repasarlos todos, pero tal vez podamos establecer ciertas categorías. Como punto de partida me sirvo de mi *modelo pentadimensional para el análisis y la mejora del discurso educativo* (Martínez-Otero 2008) e identifico varias clases de palabras, todas analizadas etimológicamente, con significación pedagógica e interrelacionadas: cognitiva, afectiva, motivadora, ética y social, a las que se agrega la espiritual. Veamos algunos ejemplos sin soslayar que las lindes entre las agrupaciones no son diáfanas:

- *Categoría instructivo-cognitiva*. Aprendizaje, comprender, conocer, criticidad, currículum, didáctica, enseñanza, pensar, saber.
- *Categoría emocional-afectiva*. Afectividad, amor, familia.
- *Categoría motivacional*. Estética. López Herrerías, al igual que sucede, por ejemplo, con Máximo Manso, un educador galdosiano,

es consciente de que el arte cumple una función educativa, que a menudo se infrutiliza y, por esta razón, propugna que se cultive en las personas desde la temprana infancia la capacidad para descubrir, estimar y crear belleza.

- *Categoría ético-moral.* Ética, valor.
- *Categoría social-cultural.* Apertura, cultura, libertad, respeto, socialización, sociedad.
- *Categoría espiritual.* Espiritualidad. Y es que, a pesar del pragmatismo sórdido en que se halla buena parte de nuestra escuela, la genuina educación es acrecentamiento espiritual. Ya el maestro Platón nos recuerda que educar es dar al cuerpo y al alma toda la belleza y perfección posibles.

Junto a estas categorías, que, como acabo de decir, se interconectan, hallamos palabras que con toda claridad muestran y se extienden a la mixturada condición humana. Es el caso del término ‘complejidad’, que se refiere a esa ensambladura, al tiempo estructural, dinámica y emergente. Nuestras diferentes dimensiones están entrelazadas, tejidas, somos *unidiversos*. Por ello, señala López Herrerías (2013, 55): “Una de las mayores deficiencias, corregible, de nuestra experiencia cultural y educativa, aún muy activa en nuestro tiempo, es la del olvido de atender adecuadamente la educación de las múltiples *palabras* de la experiencia humana.”

Desde luego, por esta misma senda propuesta por José Ángel, y con apoyatura en el intelectual francés Morin, podemos reflexionar sobre el *paradigma de la complejidad*, entreverado y multidimensional, una alternativa a la epistemología simplificadora. Un paradigma que asume el valor de la duda, de la ciencia con conciencia, de la cognición abierta, de la imaginación, de la afectividad, de la ética, de la poesía, de la espiritualidad... Un paradigma que reconoce la unidad de lo múltiple y la multiplicidad de lo uno, y que nos anima a promover, por pretencioso que pueda parecer, una educación para la era planetaria, una educación para el despertar de una sociedad-mundo.

Por supuesto, en este libro una etimología estrella corresponde a ‘educación’ que, en el marco de la complejidad reconocida, asume la centralidad en sus páginas. Junto a ella ‘educabilidad’, ‘educatividad’, ‘pedagogía’, ‘perfeccionamiento’, ‘holística’, ‘maestro’, ‘profesor’, ‘persona’, ‘ser humano’ y tantas otras que fomentan la reflexión luminosa y la esperanza necesaria. Con este libro conocemos palabras de la vida y vida de las palabras. Con satisfacción nos acercamos a la semántica, a las ideas indígenas escondidas y silenciosas, guardianas celosas de sólida verdad.

Ya nos dice López Herrerías: “El ser humano en sí mismo es una etimología por descifrar. Cada uno procedemos de raíces que nos gustaría reconocer,

pero que son previas a la conciencia y, por tanto, ocultas. Tal vez, por eso los humanos somos un afán *erótico*, insaciable, de saber”.

Un libro que estructuralmente cuenta, en cada palabra-concepto, con una explicación etimológica y valorativa, a la que se agregan relevantes textos impulsores de reflexión y algunas preguntas para pensar.

Con este libro publicado por la editorial CCS, López Herrerías queda acreditado en el sentido martiano, como un *radical*, porque va a las raíces, al fondo, a lo originario, a lo fundamental.

Por último, recuerdo unos versos del poeta asturiano Alfonso Camín, nostálgico emigrante en Cuba. En su poema *Retorno a la tierra* nos propone también la recuperación de las raíces, para saber y saborear así lo que fuimos y lo que somos. Por eso, en definitiva, se pregunta Camín:

*Si soy el roble con el viento en guerra,
¿cómo viví con la raíz ausente?,
¿cómo se puede florecer sin tierra?*

Valentín Martínez-Otero Pérez
Universidad Complutense de Madrid, España

REFERENCIAS

CAMÍN, A. (1948): *El retorno a la tierra (Nuevos poemas asturianos)*, México, Imprenta Azteca.

MARTÍNEZ-OTERO, R. (1959): “Cultismos”, *Archivum (Rev. de la Facultad de Filología de la Univ. de Oviedo)*, IX, pp. 189-215.

MARTÍNEZ-OTERO, V. (2008): *El discurso educativo*, Madrid, CCS.